Comentarios de la Lección

II Trimestre de 2009
Caminar la vida cristiana

Lección 12
20 de Junio de 2009

La comunidad

Prof. Sikberto Renaldo Marks

Versículo para Memorizar: *"Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular"* (1 Corintios 12:27).

Introducción

Dios tiene un principio fundamental para todo: Él hace las cosas más complejas del universo partiendo de algo extremadamente simple. Así, por ejemplo, Él creó el sistema de galaxias y una infinidad de sistemas, pero todo eso está compuesto de átomos. Y cada átomo posee algunos componentes simples que son, en rigor de verdad, conformados por energía. De lo simple a lo incomprensiblemente complejo, sólo podemos ver en ello la mano de una poderosa Inteligencia en acción, ordenando y organizando todo.

La compleja sociedad humana se basa en un núcleo social simple. Es tan pequeño que es imposible que haya una organización más simple. Dios lo hizo así para que funcionara fácilmente. Ese núcleo social es la familia. Ella comienza con dos seres humanos, junto a Dios integrándola. Por lo tanto, en términos de sociedad, no hay nada más fácil en el mundo de ser administrado que una familia, siendo que no hay nada más simple que ella.

La familia se origina con dos personas, un hombre y una mujer. Se complementan, se completan. Uno necesita del otro. Y son diferentes el uno del otro, para que la vida sea interesante y llena de novedades. Por eso un hombre es diferente de una mujer, en innumerables aspectos. En todos los días de la vida, una pareja vive en novedad de vida, o sea que siempre habrá cosas nuevas para la felicidad de esa pareja. Así será desde el momento en el que habite entre ellos un tercer Ser, Aquél que los creó y que estableció la familia, o sea el propio Dios. Él es más interesado en que la familia funcione bien y que allí se genere vida y felicidad. ¿Y qué es lo que hace Dios en medio de una pareja? Aporta, todos los días, amor para los dos, y los conduce a situaciones en las que surjan novedades para que la vida no se vuelva monótona.

Dios, siempre lleno de amor para dar, no podía quedar sólo en el universo. Necesitaba de alguien más a quien amar. Amar a alguien es una gloria para Dios. Con ese fin Él decidió crear seres vivientes, a su semejanza, muchos seres vivos, para que pudiera amarlos. Y el amor de Dios es infinito, por lo tanto Él puede tener una cantidad infinita de seres para amar, y ninguno de ellos será menos amado que los demás.

Dios quiso que los seres humanos también pudieran tener una forma de expandir su amor. Por ese motivo, aquí en la tierra creó al hombre y a la mujer, Uniendo a los dos en la intensidad máxima del amor, a través del acto conyugal, los seres humanos pueden

engendrar, no crear, seres semejantes a ellos. De este modo, una pareja, luego de probar su amor el uno para con el otro, pueden expandir ese amor a más seres.

Adán y Eva, que al comienzo conformaron un hogar de sólo dos personas, más Dios, con el tiempo formarían una comunidad de muchas personas. Tendrían muchos más seres humanos para amar y para servir y, del mismo modo, serían amados y servidos por muchos. De esta manera bien práctica, el amor y la felicidad se expandirían por todo el mundo, hasta llenarlo. De no ser por la intromisión del pecado de Satanás, este planeta hubiera sido otro de los lugares de Dios para manifestar la felicidad más plena y eterna.

Dios quiere un pueblo

Dios es un Ser social. A Él le gusta relacionarse con personas inteligentes. Aprecia hacer felices a sus criaturas, y disfruta darles vida eterna, para que tengan el placer de ser favorecidas indefinidamente por Él.

Luego del Diluvio, Dios vio suceder lo que Él ya había previsto que pasara. Después de unos cien años del Diluvio, surgió un grupo de personas que empezaron a dudar de Dios. Apareció un líder, Nimrod, un hombre poderoso, y con ello estas personas encontraron lo que les faltaba para concretar un proyecto diferente a aquél que Dios deseaba.

Dios manifestó su deseo de que el pueblo se esparciera sobre el planeta (Génesis 9:1), e hinchiera la tierra de seres humanos, conformando así una gran comunidad de personas ligadas a Él, el Creador. Por eso les garantizó que ya no habría otra destrucción por medio del agua (Génesis 9:11). Pero ellos decidieron hacer lo contrario de lo que Dios había determinado. Quisieron permanecer todos juntos, no esparcirse, construyendo una ciudad y una torre para adorar a los astros y hacer famoso su nombre (Génesis 11:4).

Ese fue en verdad el primer proyecto de Satanás para dominar todo el mundo, mientras todavía había pocas personas por aquí. Él quería, a través de un sistema de adoración al sol y a otros astros, forzar las condiciones que impidieran que cualquiera siguiera a Dios.

Pero, ¿qué fue lo que sucedió? A través de la confusión de lenguas Dios los esparció sobre la tierra. Ese fue el origen de Babilonia, muchas naciones beligerantes entre sí, y Satanás intentando reunir los restos de lo que quedó de aquella aventura post-diluviana. De esa aventura quedó algo nefasto: la idolatría. Y se expandió por todo el planeta, de modo tal que pocos quedaron que permanecieran como fieles adoradores a Dios. Y Abrahán era uno de ellos, aún cuando su propio Padre, Taré, ya no lo era. Dios entonces ordenó a Abrahán que saliera de en medio de su parentela, porque Él haría de Abrahán y Sara un pueblo de verdaderos adoradores, no al sol o a alguna criatura, sino al Dios Creador.

Dios crea un pueblo. Con el objetivo de que fueran un conjunto armónico de personas que, amándose unos a otros, construyeran, junto con Dios, la felicidad unos de los otros. Ese sería el pueblo de Dios, un pueblo especial, ejemplo para los demás. Dios quería que ese pueblo se convirtiera en una nación santa, y que la santidad de esa nación sirviera de bendición para todo el mundo. Dios tenía el propósito de llenar el planeta de verdaderos adoradores. El enemigo de Dios atacó a ese pueblo de manera muy sutil durante todo el tiempo, así como hoy ataca a la iglesia, sin que prácticamente nos demos cuenta. La estrategia de Satanás hoy es derrotar a la iglesia a través de la mundanalidad. Pero cuando eso ya no de resultados, cuando la iglesia se levante para predicar

con fervor, entonces utilizará la fuerza de las leyes y del fanatismo contra los santos de Dios.

El proyecto de Dios fracasó en gran parte, no porque estuviera mal diseñado, sino porque las personas del pueblo, libres para escoger, no colaboraron, sino que fueron rebeldes y prefirieron servir a los dioses que nada podían hacer por ellos. Cuando llegó Jesús, lo que debía ser el clímax de la existencia de aquél pueblo, pues a ellos se les había encargado preparar el camino de la primera venida de Jesús, resultó que los líderes religiosos de aquél pueblo tramaron la muerte del Mesías. En vez de que un pueblo entero preparara la llegada del Mesías, hubo un solo hombre, Juan, el Bautista, haciéndolo. Si él logró realizar un excelente trabajo, ¡imagina lo que habría sucedido si todo un pueblo se ocupara de aquella misión! Pero hay algo más. Nuestra misión como iglesia en estos días finales es la misma: preparar la segunda venida de Cristo como Salvador.

Hoy el pueblo de Dios es su iglesia. De una manera u otra, Dios hizo que su plan se convirtiera en una realidad: tener un pueblo en todas partes del mundo. Su iglesia está en la mayoría de los países, y muy pronto abarcará el mundo entero. A través de la poderosa proclamación del último mensaje, será dada la advertencia final, y Jesús volverá para buscar a aquellos que, habiendo vivido a lo largo de todas las eras, decidieron formar parte del pueblo de Dios.

El privilegio de pertenecer

El sentido de pertenencia tiene dos connotaciones. Una de ellas es la de formar parte, estar en la lista de miembros. La otra es la de contribuir. Y de acuerdo con esto, hay muchos que no pertenecen, pues sólo se consideran miembros porque están en la lista. Eso no aporta satisfacción, realización personal, ni crecimiento. Para que tengamos felicidad espiritual, necesitamos realizarnos espiritualmente. Eso significa que necesitamos ser importantes para alguien. Y ser importante para alguien es hacer algo por él, algo que signifique una ayuda. Y esto es servir. Como el tema que estamos tratando es de “pertenecer” a la iglesia, ese “hacer algo” significa ayudar a una persona a también ser miembro de iglesia, o sea que también pertenezca. Es en este hecho que radica el placer de hacer algo importante, o sea, conducir a una persona al camino de la vida eterna, que no es poca cosa. Esa persona fue sacada del imperio de Satanás y ahora está en la senda de la salvación. Esto es considerado por el cielo como algo tan importante que los ángeles están movilizados para participar de ello, y el propio Espíritu Santo en Persona, participa con poder y con sabiduría. Esa es la actividad más importante en el universo hoy. Todo el cielo está involucrado en la tarea de salvar a personas aquí en la tierra. El universo entero está expectante a lo que sucede aquí.

Notemos lo que significa entonces “pertenecer” a la iglesia. Consiste en participar de la importantísima obra que la iglesia, por mandato de Cristo, lleva a cabo aquí en la tierra.

En 1 Corintios 12:12-27 se traza una analogía entre ser miembro de la iglesia y un órgano como miembro del cuerpo humano. En nuestro cuerpo todos los órganos tienen alguna función. Algunos de esos órganos son vitales, no pueden faltar. Si ellos el cuerpo no vive. Otros no son vitales, pueden faltar, el cuerpo vive sin ellos. Aún así, sin algunos de esos órganos, el cuerpo no funciona ciento por ciento bien. Hay algún perjuicio. Por ejemplo, si nos extraemos un diente, el cuerpo continúa funcionando. Pero hay un pequeño déficit en el proceso de la digestión, que comienza en la boca con los dientes, además de lo estético. Una uña que se pierde, se echa en falta, ya sea por su función, como por la estética. Sin cabellera se vive, pero he visto muchas personas usando una

boina de día para protegerse del sol, y de noche para resguardarse de la brisa y el frío, según sea el caso.

La iglesia es como un cuerpo. La cabeza del cuerpo es el propio Cristo. Él dirige el cuerpo. Nosotros somos miembros de ese cuerpo. Algunos de nosotros somos miembros en funciones vitales. Por ejemplo, algunos son corazón, hígado, estómago, piel, etc. ¿Puede un cuerpo vivir sin la piel? Es un órgano vital para protegerse de las impurezas del ambiente externo, como sustentación de otros órganos, como medio de interacción entre el interior y el exterior, y además con una función estética. ¡Cuántas cosas que hace la piel! Aparte, ¿has vista a alguien andar por ahí sin piel?

De todo esto ¿podemos deducir que hay personas menos importantes y otras más importantes en la iglesia? No. Detengámonos un momento para reflexionar. Hay algo bastante curioso en el cuerpo de la iglesia. Los cargos que ocupamos en la iglesia son rotativos. Quien hoy es corazón, el año que viene puede ser piel, o quizá solo una uña. Cada año las responsabilidades en la iglesia son revaluadas y nuevas personas son escogidas. Eso es muy bueno para dinamizar el funcionamiento de la iglesia. Una persona que recién se integra, que tiene poco conocimiento o experiencia cristiana, es –por ejemplo– un cabello o el dedo meñique. La función que ocupa es importante, pero no vital. Así se integra al cuerpo, cumple con su función y va adquiriendo experiencia, va conociendo mejor a la cabeza y al resto del cuerpo. Así se va preparando para cumplir con un rol vital en el futuro. Todos tienen oportunidades para colaborar en la obra de Cristo, o lo que es lo mismo, de pertenecer a su iglesia. La iglesia de Cristo es una instancia para el crecimiento en esta vida y para el crecimiento espiritual en la vida futura.

Como conclusión, una vez más hago un llamado a los lectores. Es importante para tu vida espiritual, para tu vida profesional, para tu vida personal, ocupar alguna responsabilidad en la iglesia. Trabajar para Cristo SIEMPRE da como resultado crecimiento espiritual, profesional, y personal. ¡SIEMPRE! Muchos pueden probarlo, y quien escribe estas palabras también. Todo miembro de iglesia debe ejercer alguna función. Tal vez no sea un cargo efectivo, pero puede estar ayudando a alguien, o estar ocupado en alguna actividad relacionada con la iglesia. Eso significará satisfacción en muchos sentidos, y así estarás en la senda de la salvación. Y continuarás perteneciendo al cuerpo de Cristo.

La responsabilidad de pertenecer

Ahora nos ocuparemos de la responsabilidad de participar, de contribuir, de dar algo de nosotros.

La sustentabilidad del universo depende, no de extraer, sino de dar. A partir del propio Dios, que existe para crear, para sustentar, para mantener, para hacer lo bueno, para servir, todos los demás seres creados necesitan actuar de igual modo. En caso contrario la naturaleza se destruye, tal como está ocurriendo en nuestro planeta. Aquí en la tierra, el orden de las cosas está invertido. Los seres humanos no piensan en dar, sino en recibir, o peor aún, en quitarle a los demás (o sea, robar), en tomar lo que sea de la naturaleza. Y todo ello para obtener alguna ventaja en esta corta vida en la tierra, para tener más, para ser más, para valer más, para ser alguien de prestigio, elogiado, y hasta de reverenciado. Así no se pertenece, por ejemplo, a una iglesia. De este modo la iglesia nos estaría perteneciendo a nosotros.

Debido a este orden invertido en casi todas las cosas de este planeta, la gente siempre se pregunta: ¿Qué gano yo con esto? ¿Obtendré alguna ventaja en formar parte de tal o

cual iglesia? ¿Prosperaré y seré más rico que los demás? ¿Seré bendecido de alguna manera? Instintivamente surge la idea de convertir a Dios en algo así como nuestro secretario, para que nos beneficie en todo.

Razonemos lógicamente. ¿Qué es una organización? O ¿qué es una iglesia? ¿Cómo funciona una organización? ¿Cómo progresa? ¿Cómo crece?

Todas estas últimas cosas suceden únicamente si alguien contribuye en algo a la organización. Las empresas no son buenas analogías para comparar con las iglesias, pero tomando algunos recaudos puede hacerse. Veamos, ¿cómo crece una empresa? A través de actividades lucrativas, ¿no es así? ¿Y quién contribuye con la parte lucrativa de una empresa? Obviamente, los clientes.

¿Y cómo funciona una iglesia? Mejor aún, ¿cómo funciona la iglesia de Cristo? En verdad no tiene clientes, ni tampoco crece vendiendo algo para obtener ganancias. Pero, como las empresas, se necesita que alguien contribuya a su crecimiento. Si no es en ventas, ¿de dónde surgen el crecimiento y el fortalecimiento de la iglesia de Cristo? Necesariamente viene de sus miembros, del concepto de pertenencia.

Estamos llegando al punto. Pertenecer a la iglesia de Cristo significa, como Cristo mismo, tener en nuestra conciencia el ideal de que debemos servir, no dominar. Debemos contribuir, dando parte de nuestro tiempo, parte de nuestros dones, parte de nuestros ingresos. Falta entregar sólo una cosa más, ¿y qué es lo que será? Nosotros mismos. Y en relación a nosotros, Dios no quiere sólo una parte, nos quiere por entero. Quiere salvarnos enteramente.

¿Cuál es la clave del fracaso? Querer obtener ventaja de todo. Así, siempre extraemos, nunca reponemos y un día la fuente se seca y la posibilidad de obtener ventajas se termina y todo se acaba. ¿Y cuál es la ley del éxito? Servir a los demás. Así siempre se estará produciendo. Así sustenta Dios el universo. De algún lugar debe venir nuestro sustento, y proviene de Dios. Y parte de lo que recibimos se lo devolvemos para el sostenimiento de la iglesia. Notemos la lógica del principio de pertenencia: cuanto más devolvemos, más fuerte será la iglesia y más recibiremos de Dios. Cuanto más cuidemos de nuestro cuerpo, porque pertenece a Dios, mejor viviremos y más podremos participar de las actividades de la iglesia. Cuanto mayor sea el tiempo que le dediquemos a Dios, más tiempo nos quedará a nosotros. Cuando más le dediquemos nuestros dones a Dios, más se desarrollarán. En síntesis, sirviendo, no pensando únicamente en ser servidos, será mejor para la iglesia, mejor para nosotros, mejor para todos.

Unidad en la diversidad

Las iglesias, bajo el mando del Vaticano, están buscando vigorosamente la unificación en la manera de adorar. Cada uno podrá permanecer en su iglesia, pero todas harán misas y santificarán el domingo. Incluso los judíos, los musulmanes y otros. Se habla en estos días de la unidad de los cristianos (ecumenismo), para alcanzar la unidad religiosa con los no cristianos (judíos, musulmanes y paganos). No demorará mucho, pero se dificultará enormemente, hasta prohibida, la predicación del evangelio, en nombre de la libertad religiosa y de la paz, por medio de la idea de que las iglesias deberán de disputarse miembros unas de las otras. Cada una quedará con los miembros que tenga, y todas se unirán en una única forma de adoración.

Este es el gran proyecto que está ganando cada vez más adeptos en el mundo de la política. El motivo alegado es para salvar al planeta de un conjunto de problemas globales que están empeorando día tras día. La idea es formar un nuevo ciudadano dándoles a todos un espacio para convivir en familia, en el día domingo. Así, todas las religiones deberán contribuir para reeducar a los pueblos del mundo a fin de que todos se respeten. Esto se obtendrá, dicen, revitalizando la familia. Tiene sentido, es un proyecto muy interesante, de no ser por un pequeño detalle fatal: el objetivo no es adorar a Dios, sino adorar a Satanás, cosa que ciertamente no se divulga. El mundo, que se dejará seducir por la bestia, descubrirá que se dejó engañar alrededor del tiempo de la sexta plaga (ver Apocalipsis 16:12-16; 17:12-14; 17:9-19).

Esta no es la unidad de la cual Cristo habló y que está detallada en Efesios 4:3, 13, ni es la unidad por la cual Cristo oró en Juan 17. La unidad que debemos buscar no es de naturaleza política, que generen condiciones para seguir ganando más dinero. El dinero tal vez sea el mayor factor de coalición global a fin de unir fuerzas para combatir el pueblo de Dios.

¿Qué unidad Cristo desea para su pueblo? El dijo que vendrían adoradores de todos los lugares del mundo y de todas las épocas (ver Lucas 13:29). En todos los lugares del mundo hay personas creciendo en dirección a la unidad. Y la unidad está, no en las culturas, sino en los principios divinos que están en la Biblia y en el Espíritu de Profecía. Es la unidad en el Espíritu Santo, en la fe y en la verdad que Cristo nos enseñó.

Se habla hoy en nuestra iglesia que debemos respetar las diferencias existentes entre las distintas culturas donde nuestra iglesia está presente. Pero no es tan así. A lo largo de los tiempos, Cristo viene conduciendo a una iglesia en dirección a una revelación cada vez mayor. La iglesia crece por la revelación de la verdad. En cada época, en cada lugar, hubo una “verdad presente” por la cual las personas de esas épocas o lugares fueron creciendo en dirección a la unidad plena cuyo modelo es Jesús y sus principios de vida. En cada cultura hay particularidades que son neutras en relación a los principios bíblicos, otras son ofensivas, y otras hasta contribuyen a esos principios. Por ejemplo, en Inglaterra, ser puntual es un ingrediente importante de la cultura. Y eso es bueno para los que se hacen adventistas. En África está la costumbre de las tradiciones paganas con rituales bastante nocivos para nuestro culto. Estos deben evitarse. En Brasil existe la cultura de la evasión impositiva. Eso no sirve para nuestro pueblo. Hay particularidades de la cultura local que de hecho entran en la iglesia. Y Cristo las tolera, pero gradualmente, irá conduciendo al pueblo a salir de esa cultura, abandonando esas costumbres locales.

Debemos siempre analizar en qué dirección corresponde que crezcamos, para que nos separemos de las culturas mundanas y nos acerquemos cada vez más a la cultura celestial. A esto Jesús lo llama santificación. Pero muchos entre nosotros hacen lo contrario. En nombre del respeto a las culturas del mundo, consideran inocentes prácticas que, en realidad, no son compatibles con nuestro gran Modelo. Todos, de todos los lugares del mundo, debemos crecer en relación al Modelo, y no permanecer estáticos en la cultura de la cual debemos salir.

Jesucristo: el fundamento de la iglesia

Tiempo atrás observaba cómo construían una casa. Abrieron zanjas en el suelo. Entonces colocaron en las zangas grandes bloques. Encima de ellos colocaron un armazón de barras de hierro debidamente entramadas. Luego derramaron entre los bloques hor-

migón del más fuerte. Luego dejaron secar todo. Días después aquellos bloques y la mezcla habían formado una sola pieza, muy resistente, como si fueran un solo bloque. Y sobre el construyeron la casa. No es necesario decir que la casa quedó sólida y que sus paredes no se rajarán. Quien desea una casa sólida vela para que sus cimientos sean sólidos.

¿Cuál es el fundamento de la iglesia de Cristo? ¿Será un ser humano? ¿Fue Pedro?

¿Quién continúa siendo el fundamento de la iglesia de Cristo? ¿Algún ser humano? ¿Benedicto XVI?

¿Que ocurrió en aquél diálogo relatado en Mateo 16:13-20? Jesús les preguntó a sus discípulos quién decía el pueblo que era el Hijo del Hombre. Y los discípulos respondieron que había varias posibilidades, menos que Él fuera el Hijo de Dios. Entonces, Jesús les preguntó quién pensaban ellos que era Él. Y Pedro respondió que Él era el Cristo, el Hijo de Dios. Así consideraban los apóstoles a Jesús: el Hijo del Hombre. Era Dios.

Continuando el diálogo, Jesús le dijo a Pedro que él era dichoso puesto que esta revelación la había recibido del Padre que está en los cielos. Y le dijo más: “También te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta Roca edificaré mi iglesia, y las puertas de la muerte no prevalecerán contra ella” (Mateo 16:18). ¿Por qué Jesús no dijo “sobre ti edificaré…”?

¿Quién sería el fundamento? ¿Pedro o Cristo? El texto permite las dos interpretaciones si no fuéramos cuidadosos, o si quisiéramos ser tendenciosos.

Veamos si Pedro satisface los requisitos para ser fundamento de la iglesia de Cristo. Pedro fue un ser humano, débil, desequilibrado en algunos momentos, pecador, carente de la intercesión de Cristo, mortal como cualquier otro ser humano. ¿Y Cristo? Pedro mismo dijo que Él era el Hijo de Dios, y todos allí estuvieron de acuerdo con eso. ¿Y cuáles son las cualidades de Cristo? Hijo de Dios, no tuvo pecado, vivió en esta tierra en medio de pecadores pero aún así nunca pecó manteniéndose incorruptible, murió por los pecadores para perdonarlos, venció a Satanás, venció a la muerte resucitando de la segunda muerte, cumplió todo lo que había sido escrito acerca de Él, fue visto ascender a los cielos, prometió volver otra vez…

¿Quién de los dos está en condiciones de ser la Piedra, el fundamento de la iglesia que debe predicar el evangelio a todo el mundo? ¿Queda alguna duda de cuál de ellos es la Piedra fundamental?

La Iglesia Católica Romana, para continuar sosteniendo lo que denomina el primado de Pedro, pues afirma que ese hombre es la piedra sobre la cual Cristo construiría su iglesia, tuvo una idea increíble, pero real. En el año 1870, en el Concilio Vaticano I declaró que el papa es infalible mientras ejerce su cargo. Era necesaria tal declaración, pues es fácilmente cuestionable cómo habría construido Cristo su iglesia sobre un hombre tan falible como Pedro y los que le sucedieron. El papa actual, Benedicto XVI comprueba cada tanto que esa infalibilidad no existe, pues falla con frecuencia, cometiendo errores diplomáticos mientras sustenta a fuego y hierro un cuerpo de dogmas no bíblicos. Por eso él no pasa ni siquiera la prueba inicial de Isaías 8:20: “A la ley y al testimonio, si no dijeren conforme a esto es porque no les ha amanecido”.

¿Y cuáles son aquellas llaves que claramente Cristo le dio a Pedro en Mateo 16:19? Son las llaves que abren las puertas del cielo a las personas de este mundo. Esto sí le fue

dado a la iglesia aquí en la tierra. ¿Y que llaves son éstas? Son el Antiguo y el Nuevo Testamento, la Biblia. Por medio de ella las personas pueden ser enseñadas cómo alcanzar la vida eterna. Por medio de ella son vinculadas al cielo, o –si lo prefieren– separadas de allí, obviamente destinadas a la perdición eterna.

Aplicación del estudio

Hemos estudiado acerca de la comunidad de Cristo aquí en la tierra. Es su iglesia. Si la iglesia es de Él, también Él es la cabeza de la iglesia, quien la dirige, desde los cielos. Y nosotros somos miembros de esa iglesia, conformando un cuerpo único. Ninguno de nosotros es la cabeza de la iglesia. Ser cabeza es como ser el fundamento. Ella está construida sobre lo que la Cabeza enseñó desde los más antiguos profetas y por intermedio de Él mismo. A nosotros nos ordenó que continuáramos enseñando este evangelio a todo el mundo, para que Él, la Cabeza, retornara y llevara a todos los que en Él creyeran. Es para esta finalidad que nosotros somos cuerpo.

Nuestro cuerpo es el templo del Espíritu Santo, pero somos parte de un cuerpo mayor, que es la Iglesia, de la cual el propio Cristo forma parte. Conformamos un mismo cuerpo con Cristo. Allí reside nuestra responsabilidad de pertenecer, comprometidamente, con la iglesia de Cristo, no solamente estar en la iglesia. Esta pertenencia significa, en primer lugar, andar como Jesús andaría si estuviera entre nosotros. En segundo lugar, significa tener un ardiente deseo de ser transformados por el Espíritu Santo, de seres humanos pecadores a personas sin ningún interés en lo que el mundo considera atrayente.

Prof. Sikberto R. Marks



Traducción: Rolando D. Chuquimia

RECURSOS ESCUELA SABÁTICA ©

RECURSOS ESCUELA SABATICA
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
www.elistas.net/lista/EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática